

Globethics Repository



El empleo en la encrucijada [Employment at the crossroads]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Candia, José Miguel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-14 13:19:07
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/218819

Nueva Sociedad Separatas

José Miguel Candia

El empleo en la encrucijada: del auge desarrollista a la globalización.

Artículo aparecido en Nueva Sociedad 190, marzo-abril 2004, pp. 51-68.

El empleo en la encrucijada: del auge desarrollista a la globalización

José Miguel Candia

Hasta hace poco más de dos décadas, el empleo, los cambios tecnológicos, el incremento de la productividad y del comercio internacional parecían caminar de la mano. La era dorada del auge desarrollista llegó a su fin en la década de los 70. El mundo del trabajo entró en una crisis profunda, la voluntad institucional que contribuyó a ordenar los factores que concurren en el mercado laboral desapareció, los antiguos paradigmas y certezas dejaron de ser un referente confiable. La humanidad trata ahora de responder a los desafíos que encierra la globalización salvaje de los mercados y la disolución de antiguas identidades.

A principios de 2004 la Organización Internacional del Trabajo (OIT) formuló por boca de su director general, Juan Somavía, un llamado de atención que constituye un verdadero campanazo de alerta: al analizar la situación actual se percibe que

La gente quiere trabajo decente y no hay manera de salirnos de eso. Tenemos que mirar la dimensión social de la globalización, porque la globalización se olvidó de la gente. Los organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial de Comercio, están funcionando cada cual por su cuenta, pero tenemos que trabajar juntos, no se pueden enfrentar los problemas cada cual por su lado.

José Miguel Candia: sociólogo, egresado de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional Autónoma de México; colaborador en diversos periódicos y en varias revistas especializadas; investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la UNAM, México.

Palabras clave: desarrollo económico, trabajo y empleo, globalización, América Latina.

Al referirse a la incorporación de criterios administrativos y jurídicos que apuntan a la instauración de esquemas flexibles de organización de la fuerza laboral, sostuvo:

El problema es que la evolución en América Latina en los años ochenta, ya introdujo una enorme cantidad de flexibilidad. El desempleo ha crecido de 7% en 1980 a alrededor de 10% en 2003. Otro dato que es muy terrible: el poder adquisitivo de los salarios mínimos se redujo 25% de 1980 a 2003 y en nueve países se redujo a 50% (*La Jornada*, 9/1/04).

A finales de ese mismo mes de enero de 2004, la OIT dio a conocer un informe donde señala que el desempleo en el mundo llega a casi 190 millones de personas, el valor más alto desde que el organismo registra los datos de población desocupada. El comportamiento del empleo formal es francamente raquítico, aun en aquellas economías capitalistas que experimentaron cierta recuperación en el segundo semestre de 2003. Estados Unidos, por ejemplo, tuvo un desempeño aceptable que le permitió alcanzar un promedio superior al 3%. No obstante, los datos del mes de diciembre que hizo públicos el Departamento del Trabajo revelaron que solo se habían generado algo más de 200.000 nuevos empleos, cifra insignificante para la magnitud del mercado laboral estadounidense. México, por su parte, con un crecimiento del PIB ligeramente superior al 1%, sigue con una situación de preocupante deterioro de las condiciones laborales: para diciembre de 2003 se había registrado, en términos absolutos, un incremento de más de 450.000 desempleados con respecto al mismo mes de 2002, lo que hace un total de 1.468.000 personas desocupadas. Una encuesta que se aplicó a 399 empresas mexicanas es reveladora de lo que se espera para 2004 en materia de empleo. Según los datos recabados por la consultora AON Intergamma, entre establecimientos medianos y grandes de diversos giros, el 55% de las compañías declaró que solo cubrirán las vacantes producidas por la rotación de personal y congelarán aquellas plazas que se liberen por renuncias o retiros. Más del 20% de los jefes de recursos humanos manifestó su decisión de recortar la plantilla, en particular en las áreas operativas, y conservar el personal que se desempeña en los departamentos de sistemas, planeación y finanzas. Por su parte, el sondeo anual que realiza la consultora Price Waterhouse Coopers entre presidentes ejecutivos de empresas de todo el mundo reveló que el 52% recurre a recortes de personal para afrontar las complicadas condiciones del mercado internacional. Además, un 56% de los ejecutivos entrevistados señaló que han contratado servicios de *outsourcing* (externalización) en actividades no prioritarias de sus compañías, decisión que con frecuencia va asociada a la cancelación de turnos, reducción de la jornada de trabajo y despidos de personal (*Reforma*, 20/1/04 y 24/1/04).

Los datos que se mencionan con propósitos solo ilustrativos muestran, no obstante, un horizonte poco alentador para millones de buscadores de empleo en todo el mundo. Pero esto es apenas la manifestación visible de un fenómeno más complejo, por lo tanto se requiere identificar las principales tendencias que prevalecen en el universo del trabajo con el fin de situar el debate en el contexto adecuado y sacar conclusiones acerca del posible comportamiento del mercado laboral en los próximos años.

El trabajo: un escenario en permanente transformación

El capitalismo del siglo **xxi** muestra un proceso múltiple en el cual es posible identificar dos fenómenos principales: por un lado se registró una pronunciada reducción del empleo en el sector industrial, o expresado de otra manera, hubo una disminución significativa de la clase obrera fabril tradicional, si se toman como parámetros los indicadores generalmente aceptados para definir a este segmento del mundo laboral: estabilidad en el empleo, relación contractual formal entre empresa y trabajador, prestación de servicios a jornada completa y por tiempo indefinido, sindicalización y seguridad social, entre otros. Al mismo tiempo, es importante consignarlo, se produjo una marcada expansión de la fuerza de trabajo ocupada en los sectores de servicios y comercio; este fenómeno estuvo acompañado por una profundización significativa de la heterogeneidad y fragmentación del empleo que se expresa en la mayor incorporación de la mujer al mercado laboral, en el incremento del trabajo a tiempo parcial, temporario, subcontratado y en general en la difusión de la precariedad ocupacional. De esta manera, el proceso que se describe incluye dos tendencias principales: la caída relativa del proletariado industrial y el aumento del trabajo precario y la subocupación en las áreas de comercio y servicios.

Con respecto a la disminución del empleo en la industria, es importante mencionar algunos referentes estadísticos de las economías con más alto desarrollo industrial. En 1962, Francia tenía un contingente de obreros fabriles formado por casi siete millones y medio de trabajadores, hacia 1975 este segmento se incrementó a más de ocho millones, para caer a menos de siete en 1990. Si en 1962 los obreros industriales representaban el 39% de la población activa, en 1990 este valor había caído al 29%. Estados Unidos constituye otro caso paradigmático: la distribución de las personas ocupadas por sector económico entre 1980 y 1986 muestra que en la industria manufacturera se registró una caída del 6,3%, mientras que en el sector servicios se incrementó el personal ocupado en 97,8%, lo que representa en valores absolutos un salto de 11 millones a más de 22 millones de empleados.

Si consideramos a los países de Europa occidental como un bloque, puede afirmarse que la ocupación en la industria pasó del 40% de la población activa en la década de los 50 a menos del 30% a fines de los 70. Se estima que puede bajar a un 20% en la primera década del siglo XXI. Los valores y tendencias que se citan expresan una pronunciada reducción de los obreros fabriles que responde, en buena medida, al proceso de automatización, a la incorporación de la robótica y la microelectrónica así como a la adopción de sistemas flexibles de organización del trabajo (Antunes).

Un investigador estadounidense ofrece datos aún más preocupantes. A partir de las estadísticas que arrojó un estudio efectuado por la consultora Alliance Capital Management, Rifkin menciona que entre 1995 y 2002 fueron eliminados 31 millones de puestos de trabajo en fábricas de las 20 economías más fuertes del mundo. Sostiene que si el descenso se mantiene, la ocupación en el sector industrial disminuirá de los 164 millones de puestos de trabajo actuales a unos pocos millones de empleos en 2040. La tendencia no afectaría solo a la producción industrial, los sectores administrativos y de servicios estarían experimentando pérdidas semejantes de plazas laborales. Los bancos, las empresas de seguros y de transporte y el área de comercio al mayoreo y menudeo están introduciendo tecnologías inteligentes en todas las fases de su operación, con lo cual eliminan personal de apoyo. El autor remata su análisis con una conclusión apocalíptica:

¿Por qué están desapareciendo tantos puestos de trabajo? Los espectaculares incrementos en la productividad han permitido a las empresas producir muchos más bienes y servicios con muchos menos empleados. La antigua lógica de que las mejoras en tecnología y los avances en productividad destruirían puestos de trabajo pero crearían otros tantos nuevos empleos, ha dejado de ser cierta.

Tomando como referencia los estudios realizados por Richard D. Rippe, economista principal de Prudential Securities –un convencido defensor de las estrategias gerenciales de producir más con menos trabajadores–, Rifkin ejemplifica la etapa de transición que vive la economía mundial con los datos que arroja la industria del acero en EEUU. En los últimos 20 años –señala– la producción siderúrgica en ese país aumentó de 75 millones a 102 millones de toneladas. Durante el mismo lapso, de 1982 a 2002, el número de trabajadores de esta industria se redujo de 289.000 a 74.000 (ibíd.).

El debate teórico: argumentos y controversias

La discusión sobre las principales características de la actividad laboral en nuestros días reconoce, por lo menos, dos grandes perspectivas de análisis:

un enfoque señala, como vector explicativo del proceso de transformaciones que vive la humanidad, la tendencia hacia la inexorable extinción del trabajo. Por el contrario, otra línea sostiene que pese a las evidencias empíricas disponibles, no existen argumentos suficientemente sólidos como para confirmar el avance hacia la disolución de la sociedad del trabajo.

La primera de las concepciones entiende que en pocas décadas más las actividades humanas directamente comprometidas con la transformación de la materia y la prestación de ciertos servicios básicos, serán piezas de museo. El universo habrá ingresado a un nuevo tiempo histórico, un ciclo civilizatorio dominado por un fenomenal desarrollo del conocimiento informático y el predominio de la robótica en las tareas propiamente productivas. Habrá llegado, entonces, el momento de administrar la generación y distribución de bienes y servicios y el opacamiento de otras actividades que, como la política, se encuentran vinculadas al interés que una sociedad demuestra por definir proyectos, concertar voluntades y luchar por la construcción de un futuro que exprese el interés de las mayorías.

En sentido estricto, la preocupación por el futuro del trabajo humano no es nueva. El rasgo distintivo de estos tiempos es la centralidad que ocupa esta línea temática en las instituciones académicas y la polarización con la cual se formulan las hipótesis centrales de las teorías que concurren en este debate. Es necesario señalar, con el fin de precisar el objeto de estudio, algunos de los principales momentos por los que atravesó el tratamiento de este tema. A mediados de los años 50, hubo una oleada de optimismo que se extendió más allá de los espacios universitarios. Las primeras etapas de la automatización de los procesos productivos y la institucionalización de las relaciones obrero-patronales llevaron a pensar que se estaba en presencia de una *nueva clase obrera* (Mallet). La extensión de las prestaciones del Estado benefactor se encargarían de neutralizar las propuestas más radicales de la izquierda marxista y las posibilidades de impulsar, sin mayores sobresaltos, el crecimiento de las economías capitalistas se mostraban como un camino cercano y abonado de certezas.

No obstante, algunos años después, a mitad de los años 60, la mayoría de los países industrializados vivieron un periodo de gran conflictividad social con fuerte protagonismo obrero y sindical (Braverman). Las visiones optimistas fueron reemplazadas por nuevas tesis que hablaban de la descalificación del trabajo, de una mayor enajenación obrera y de la necesidad de ensayar nuevas fórmulas administrativas que hicieran posible la instrumentación de

esquemas de coestión entre sindicatos y gerencias. A partir de los años 80, los cambios en las percepciones de la cuestión laboral serían aún más profundos. El debate se centró sobre tres ejes principales: a) se difunde la idea del agotamiento de la estrategia desarrollista de industrialización sustentada en los principios de la teoría keynesiana; b) se inicia un proceso caracterizado por la reestructuración de los procesos productivos y del mercado laboral; y c) el correlato ideológico-político de los cambios estructurales señalados fue la decadencia de los programas obreros, en particular los de inspiración socialdemócrata y comunista en Europa y de signo populista-distribucionista en América Latina.

Estas transformaciones en el universo del trabajo y otras que también afectaron las relaciones entre empresarios, Estado y sindicatos, marcaron de manera notoria, a partir de la década de los 80, las valoraciones académicas acerca de la gravitación del trabajo en la sociedad. Al ponerse en tela de juicio la importancia de la actividad laboral como eje articulador de la vida social, se cuestionaban las teorías que habían estado vigentes hasta fines de los 70, acerca de la centralidad del trabajo en el conjunto de las relaciones sociales y del papel que la condición laboral había jugado como punto de referencia para la construcción de identidades colectivas (Habermas). En paralelo, las preocupaciones sobre el futuro del trabajo mudan de espacio y se trasladan a las temáticas que son propias de la sociología laboral. El análisis de las relaciones industriales y de las diversas formas de organización de la producción suplen a los anteriores estudios que interpretaban al movimiento obrero como fuerza social o expresión corporativa en una relación de subordinación o confrontación con las empresas y el Estado. Un conjunto de investigaciones específicas trasladó el eje de sus preocupaciones al análisis de las formas y efectos de los cambios tecnológicos en las relaciones laborales, de los sistemas de relaciones industriales y sobre los encadenamientos productivos y los nuevos sistemas de organización del trabajo a partir de la crisis del paradigma ford-taylorista (Hyman/Streeck).

En la mayor parte de la producción académica de los años 80 se observa una notable disminución del tratamiento de la cuestión obrera –entendida como posible sujeto político–, pero no del tema del trabajo como actividad transformadora de la materia y fuente generadora de riqueza (Katz/Sabel). En este clima de discusión y redefinición de prioridades surgieron un conjunto de teorías entre las que cabe destacar la del regulacionismo, la del enfoque neoshumpeteriano y la de la denominada especialización flexible (Aglietta; Boyer; Lipietz).

No obstante, si por un momento se hacen a un lado los fundamentos propiamente teóricos, es posible agrupar las posiciones de quienes abordan el estudio de la temática laboral. Por un lado, los *optimistas* que perciben el cambio tecnológico y los nuevos modelos de producción como una alternativa cierta para acabar con el carácter rutinario y enajenado del trabajo humano y volverlo creativo, autocontrolado y generador de nuevas identidades (Handy). Por otro, con una visión menos alentadora, los *pesimistas* resaltan los efectos negativos que tienen sobre los trabajadores ciertos fenómenos como la mayor segmentación del mercado laboral, la propagación de formas ocupacionales no convencionales y la extensión del empleo precario. En paralelo, se identifican las nuevas corrientes de la administración del trabajo como expresiones de estrategias más sofisticadas orientadas a asegurar el control empresarial sobre la fuerza laboral (Hardt/Negri).

Casi en el mismo momento en que la sociología del trabajo planteaba su «retorno» a la empresa y al estudio de los procesos productivos, se gestó un conjunto de reflexiones que con énfasis variado llegó a una conclusión común: la investigación debía centrarse en el reconocimiento de un dato fundante, según el cual la humanidad había ingresado en un proceso histórico de ruptura con las formaciones sociales anteriores. Este nuevo rumbo marcaba el *fin de la sociedad del trabajo* (Gorz 1982 y 1998; Offe 1990). Algunas de las concepciones que asumen un principio de carácter general se sustentan en marcos teóricos con pretensiones explicativas de largo alcance.

Por este camino suelen coincidir con ciertas postulaciones de las corrientes filosóficas posmodernas, como es la noción del fin de las ideologías, la desarticulación de la vida social, la crisis de la política y la inviabilidad de los programas revolucionarios, así como la aceptación de que la economía capitalista constituye el último estadio del desarrollo humano. Dentro de esta corriente hay otros enfoques, de tono más ensayístico, que logran una buena descripción de las dificultades para encontrar un trabajo estable. En este sentido constituyen valiosos textos testimoniales sobre el desempleo y la subocupación crecientes y, en particular, acerca de la imposibilidad de intentar revertir una tendencia histórica frente a la cual ya no existirían caminos alternativos después del fracaso del socialismo y de la creciente segmentación de la clase trabajadora.

Al margen de los autores que se consulten, esta idea rectora sobre el fin de la sociedad del trabajo se estructura a partir de un conjunto de argumentos comunes. Es posible identificar, por lo menos, cuatro tesis principales:

1. El deterioro del empleo y de las condiciones generales de trabajo es consecuencia de la derrota que sufrió el movimiento obrero en los años 80. Entre otras derivaciones el fracaso de los sindicatos en esta lucha facilitó el tránsito del Estado benefactor al Estado neoliberal, propició la reestructuración productiva y el repliegue de la participación obrera en el interior de las empresas en un contexto marcado por el desplazamiento de los conflictos obrero-patronales y por la centralidad que adquiere la disputa por los mercados (Jurgens). Otros factores concurren en el debilitamiento político de los sindicatos, en particular, la apertura económica y los programas de reestructuración productiva, que generaron condiciones propicias para la relocalización de las filiales de las transnacionales hacia las regiones con ventajas comparativas (mano de obra barata; subsidios y bajos impuestos; estímulos especiales para las exportaciones; etc.). La extensión de la subcontratación, el redimensionamiento o la disolución de organismos y empresas públicas que provocaron la caída del empleo vinculado al Estado y la desregulación de los mercados laborales, fueron otras de las variables que contribuyeron a reducir los márgenes de maniobra del movimiento sindical.

2. Desde fines de los años 70, la industria ha perdido espacio dentro del conjunto de las actividades productivas con respecto a los servicios (Castells/Aoyama). En paralelo el crecimiento relativo de los trabajadores calificados – técnicos, profesionales, burócratas de cuello blanco – junto a la expansión de formas ocupacionales atípicas, de empleos precarios y del aumento de los espacios que ocupa la economía informal y el trabajo en micronegocios, han potenciado las tendencias que llevan a una profundización de la heterogeneidad del mercado laboral. Esta mayor dispersión de la fuerza de trabajo habría tenido fuertes repercusiones en la determinación de las normas y valores que definen la cultura y el comportamiento obrero. De esta manera, al fragmentarse aquellas identidades populares forjadas durante décadas, a partir de la práctica laboral y de la lucha sindical, se torna más lejana la posibilidad de que vuelvan a surgir grandes movimientos colectivos y constituir, desde esa base social, organizaciones con ideologías y proyectos de cambio social favorables a los trabajadores.

3. Si el trabajo ha perdido relevancia en las sociedades de fin de siglo debe entenderse que el papel de la actividad laboral en la generación de valor es menos significativa (Castell; Méda). La riqueza social surgiría, ahora, de los movimientos que responden a un vasto sector financiero globalizado que no se expresa en sujetos o empresas con nombre y apellido sino en el anonimato de organismos como grandes casas financieras, agentes responsables del

movimiento de las acciones en los principales mercados del mundo y en los nuevos fondos de pensiones. Estas referencias ilustran la operación de un mundo del dinero que resulta casi inasible y en el que es difícil reconocer o personalizar sujetos a quienes demandar.

4. Desde una perspectiva sociológica el fin del trabajo está asimilado a la pérdida de centralidad de la actividad laboral en el conjunto de las relaciones sociales, de manera especial, como pivote a cuyo alrededor se conforman las identidades colectivas. Al perder el papel relevante en la constitución de subjetividades los individuos quedan en una situación que algunos autores definen como «fragmentación de los mundos de vida» (Offe 1985). Los *espacios extralaborales* se han transformado en lugares de socialización más importantes para los trabajadores que los mismos ámbitos productivos. Este sería uno de los rasgos determinantes de la sociedad posmoderna: la fragmentación de la vida social, de la cultura, de las identidades, la ausencia de proyectos y discursos alternativos y de sujetos sociales que puedan llevarlos a cabo.

La discusión sobre las condiciones actuales del mercado laboral y en particular el debate acerca de la no centralidad del mundo del trabajo en relación con otros espacios de la vida social se ha ido entrapando, de manera gradual, en los argumentos, diferentes pero a nuestro juicio igualmente erróneos, de dos posiciones extremas. Uno de estos enfoques afirma que la humanidad está viviendo un proceso cuyo hilo conductor es el ingreso en la sociedad del no trabajo. La disminución del empleo convencional y la reducción de las ocupaciones asalariadas representan las manifestaciones visibles de una tendencia subterránea que está destinada a ser dominante en las próximas décadas. El referente conceptual proviene de algunas corrientes de la sociología laboral europea y estadounidense. Esta fundamentación teórica parte del análisis de ciertos indicadores relevantes acerca de la situación del mercado de trabajo en los países de alto desarrollo industrial. La terciarización de las economías y la externalización de los procesos productivos son las referencias más reiteradas en este tipo de argumentaciones. La desindustrialización y el incremento de los servicios serían responsables de la reducción cuantitativa de la clase obrera y de la caída relativa del trabajo asalariado.

La otra línea de análisis sostiene que aún admitiendo la validez empírica de fenómenos como la incorporación de nuevas tecnologías, la crisis de los principios ford-tayloristas de administración del trabajo y la desregulación de los mecanismos de contratación, no hay elementos suficientes para pensar en la secundarización del mundo laboral. Desde esta perspectiva es en el espacio

productivo donde se establecen las prácticas colectivas que dan sentido al conjunto de las relaciones sociales. Este mismo ámbito sería también el que actúa como fuente determinante para la formación de los referentes simbólicos populares y como espacio en el cual los individuos adquieren sentido de pertenencia con relación a un grupo social, étnico o cultural particular y se diferencian del resto de los integrantes de la sociedad.

Para esta segunda línea de fundamentación teórica, no existen argumentos de peso a partir de los cuales pueda afirmarse que se está en presencia de una declinación definitiva del trabajo asalariado. De esta manera, también se invalida la tesis según la cual los sindicatos y los partidos cuya clientela tradicional son los obreros vinculados al desarrollo de la industria, habrían ingresado en una pendiente de debilitamiento de sus bases sociales y de erosión política irreversible de su capacidad de representación.

Los dos enfoques expuestos derivan hacia conclusiones unilaterales. En un caso, el análisis se sesga a partir de la interpretación potencializada de ciertos indicadores originados en la realidad laboral de las economías industrializadas. Desde la otra perspectiva se disuelven las expresiones sociopolíticas que obedecen a las transformaciones operadas en el mundo del trabajo, enfatizando solo aquellos fenómenos que marcan continuidades. Por nuestra parte –y tal como se presenta al final de este capítulo– entendemos que el trabajo sigue siendo un factor marcadamente constitutivo de la conciencia social y de las acciones colectivas, pero que se despliega en un contexto de mayor vinculación con elementos de naturaleza cultural, con fenómenos de carácter nacional o regional y con expresiones étnicas y religiosas.

Cambios en las estructuras ocupacionales: su correlato en el espacio teórico-político

Es oportuno consignar algunos datos sobre la situación laboral internacional antes de exponer la posición que aquí se sustenta, sobre el caso latinoamericano, con respecto a los temas mencionados en los párrafos precedentes. Con el propósito de ilustrar el comportamiento del empleo en la región no se hará referencia a variables o situaciones específicas que responden a fenómenos particulares de alguno de los países del área. Los indicadores que se consideran expresan tendencias de largo plazo, más allá de los comportamientos sectoriales de la economía, de factores estacionales o de manifestaciones puntuales que involucran a alguna región geográfica en particular (Lindenboim; OIT 1996, 1997, 1998, 1999 y 2003).

Una primera observación que debe consignarse es el incremento del empleo en el llamado sector informal, que continuó siendo dominante durante los últimos años. La ocupación en el sector moderno se encuentra relativamente estancada, mientras que la generación de empleos en las microempresas creció en 4,5%. De esta manera, los datos referidos confirman una tendencia sostenida que demuestra la participación creciente de la ocupación en pequeñas unidades productivas y en micronegocios familiares. La participación del sector informal en el empleo total continuó aumentando de 57,7% en 1997 a 58,7% en 2000. Es importante señalar que bajo una misma categoría –la de empleo informal o sector no estructurado de acuerdo con la definición que acuñó la OIT– se están agrupando personas que desarrollan actividades como trabajadores por cuenta propia, sujetos que laboran sin remuneraciones y que pueden identificarse como «trabajo familiar no retribuido», y un tercer grupo que recibe un salario como empleado de microunidades productivas. Este vasto sector que abarca casi el 60% de la población activa ocupada, desarrolla sus actividades laborales en un nicho de la economía donde las prestaciones, los apoyos de la seguridad social y la sindicalización de los trabajadores son casi nulas (Borgianni/Montaño; Lo Vuolo/Barbeito).

Más adelante se incluyen dos cuadros; en el primero de ellos se desagrega la importancia del empleo «no agrícola» en la economía informal y en el sector estructurado para un grupo seleccionado de 13 países de la región. Las referencias muestran la gravitación, cada vez más relevante, de las actividades productivas «no estructuradas» en el periodo 1990-1996, así como el crecimiento de los microestablecimientos. Este último indicador es por demás significativo ya que en este tipo de pequeñas y microempresas se agrupa buena parte del empleo precario, y se registra la ausencia de cobertura social, el mayor peso del trabajo familiar no remunerado y la desprotección jurídica de la mano de obra.

En el otro cuadro, con referencias estadísticas más recientes, puede apreciarse la escasa recuperación del empleo formal y la persistencia –con excepción del caso mexicano– de altas tasas de desempleo abierto. La pérdida de dinamismo de las economías latinoamericanas a fines de la década de los 90 y en los primeros años del siglo *xxi* explican, en parte, este comportamiento de los mercados laborales de la región. El crecimiento económico se redujo en 2001 a un 0,6% en promedio, con lo cual se interrumpió bruscamente la breve recuperación iniciada a mediados de 1999 y que trajo consigo un crecimiento de casi el 4% en 2000. Sin embargo, es importante señalar que el fenómeno realmente significativo es el crecimiento de la subocupación, del trabajo por

cuenta propia y del empleo precario. Son estos tres indicadores los que marcan una tendencia recurrente y de largo plazo que se extiende más allá de los avatares propios del ciclo económico.

Hay algunos indicadores sobre la precariedad del empleo en México que son reveladores de la profundidad y magnitud del panorama que se comenta. Estudios recientes mencionan que más del 70% de las nuevas opciones de trabajo que se generaron entre 1991 y 1997 han sido empleos no asalariados o vacantes que se abrieron en establecimientos que ocupan hasta cinco trabajadores. Durante 1997 casi el 65% de la población activa recibía, como máximo, dos salarios mínimos o solo obtenía una recompensa en especies, y el 57% de quienes percibían un salario no tenía protección de ninguna forma de seguridad social.

Tales datos son ilustrativos de una realidad laboral generalizada en los capitalismos periféricos: el empleo asalariado convencional no es la modalidad dominante. La mayoría de quienes trabajan lo hacen por su cuenta en calidad de pequeños productores del campo, personas ocupadas en micronegocios de la ciudad, tareas domiciliarias pagadas a destajo, trabajo familiar no remunerado o que viven de los ingresos de actividades ocasionales que suelen ser intermitentes o responden a comportamientos estacionales. El empleo asalariado normal está al alcance de una franja relativamente minoritaria de la población ocupada o de quienes presionan en el mercado laboral por obtener un trabajo de esa naturaleza.

Estas características de los mercados de trabajo en los capitalismos latinoamericanos hacen que algunos indicadores de la situación ocupacional, como las tasas de desempleo abierto, sean poco representativos de las condiciones laborales. La marcada expansión del empleo ocasional, del trabajo por cuenta propia, y la inexistencia o limitada cobertura de las prestaciones por desempleo así como la insuficiencia de los servicios que ofrecen los sistemas de seguridad social, explican la presencia de un vasto y heterogéneo mundo de trabajadores subocupados y de empleados temporales quienes viven al margen de los mecanismos institucionales que otorgan protección a la población que trabaja.

De acuerdo con el comportamiento de las variables ocupacionales que se consignaron en párrafos precedentes, puede afirmarse que la configuración de los mercados laborales en las sociedades latinoamericanas ha sufrido cambios significativos y que éstos dan lugar a una nueva estructura del empleo. Lo más notorio que se deduce de los datos citados –además del crecimiento

de la informalidad– es el aumento generalizado de la proporción del empleo correspondiente al sector de los servicios que se expandió entre 2 y 15 puntos porcentuales en la mayoría de los países de la región. Como consecuencia del citado aumento, el sector servicios ocupa actualmente entre 40% y 60% del empleo en todos los países latinoamericanos.

Esta referencia estadística tiene derivaciones de orden cualitativo muy importantes. Debido a la marcada heterogeneidad de las actividades que forman el sector servicios, en el que por un lado quedan incluidas tareas y establecimientos de escasa productividad y por otro actividades en empresas modernas de alta productividad, la fuerza de trabajo incorporada a este sector vive situaciones extremas. Es posible identificar a grupos de población que perciben ingresos muy bajos y que desempeñan labores de sobrevivencia, casi marginales para el resto de la economía. La otra cara de la moneda ofrece la imagen de empleados de grandes establecimientos con remuneraciones elevadas y acceso a los sistemas de seguridad social.

El estancamiento o la disminución del empleo industrial y el crecimiento de la fuerza laboral en el área de servicios son factores que han contribuido a reducir la base social de los sindicatos y a acotar el accionar político de los mismos. Conviene reiterar que, aun sin presentar un comportamiento homogéneo y con variantes significativas de un país a otro, el porcentaje de población asalariada ha disminuido con respecto al total de la población económicamente activa (PEA) ocupada. De igual forma, también ha caído el volumen de trabajadores que desempeñan sus labores amparados por convenios colectivos al expandirse la desregulación de los mercados y difundirse las estrategias de externalización de ciertas etapas de los procesos productivos que las empresas líderes delegan en pequeños establecimientos y en maquilas domiciliarias. Los factores antes señalados modifican radicalmente el contexto previo caracterizado por el crecimiento del empleo formal y la promulgación de cuerpos legales tutelares. Ambos elementos hicieron posible la conformación de grandes sindicatos por rama de actividad y la consolidación de fuertes centrales obreras.

Sobre este aspecto de la realidad social es preciso señalar que no se pretende establecer relaciones de carácter «unicausal» en el complejo proceso de construcción de subjetividades, acciones colectivas e identidades. Ciertamente el determinismo vulgar –de origen estructuralista– cayó en el error de atribuir a la posición que los sujetos ocupan en el mercado laboral la capacidad de perfilar –linealmente– valores, normas y actitudes. Desde esta perspectiva,

no llega a apreciarse que las relaciones entre estructuras y subjetividades forman un conjunto heterogéneo de variables que interactúan en un proceso dinámico de condicionamientos mutuos. Sobre esta afirmación cabe una salvedad que haga explícita la posición que se sostiene en este trabajo. La crítica a los determinantes estructurales ha generado, como contrapartida, la difusión de una posición ecléctica en la que se yuxtaponen variables de diversa significación y relevancia. Desde este enfoque, se diluyen aquellos factores de la realidad social que tienen un poder constitutivo con respecto a otros que actúan como «identidades leves». No es nuestra intención suscribir

Cuadro 1

América Latina. El empleo no agrícola en la economía no estructurada y estructurada en una selección de países (% de la fuerza de trabajo)

		Economía no estructurada				Economía estructurada
		Total	Trabajo por cuenta propia	Servicio doméstico	Microempresas	Total
Argentina	1990	47,5	24,7	7,9	14,9	52,5
	1996	53,6	27,1	7,8	18,7	46,4
Bolivia	1990	56,9	37,7	6,4	12,8	43,1
	1996	63,1	39,8	5,5	19,9	36,9
Brasil	1990	52,0	21,0	7,7	23,3	48,0
	1996	59,3	25,8	9,5	26,0	40,7
Chile	1990	49,9	23,6	8,1	18,3	50,1
	1996	51,9	22,7	6,8	21,4	48,1
Colombia	1990	55,2	23,5	5,4	26,3	44,8
	1996	57,2	25,9	3,8	27,5	42,8
Costa Rica	1990	42,3	18,1	5,8	18,4	57,7
	1996	47,2	17,9	5,2	24,6	52,6
Ecuador	1990	51,2	32,5	5,6	13,0	48,8
	1996	52,9	32,8	5,9	16,2	46,2
México	1990	55,5	30,4	5,6	19,5	44,6
	1996	60,2	32,5	5,4	22,3	39,8
Panamá	1990	40,5	20,4	7,2	12,8	59,5
	1996	43,6	20,7	7,0	13,9	57,3
Paraguay	1990	61,4	21,2	10,7	29,4	38,6
	1996	67,9	26,9	10,0	32,0	31,1
Perú	1990	51,8	35,3	5,1	11,4	48,2
	1996	58,0	37,4	4,2	16,3	42,1
Uruguay	1990	36,3	19,3	6,0	11,0	63,7
	1996	38,9	21,3	6,3	11,3	60,1
Venezuela	1990	38,8	22,1	4,1	12,6	61,2
	1996	47,7	28,1	2,4	17,2	52,3

Fuente: OIT: *Informe sobre el empleo en el mundo 1998-1999*, Ginebra, 1998.

una concepción de esta naturaleza que termina por disolver la realidad en una nube de elementos interactuantes, difíciles de identificar y con una misma jerarquía constitutiva sobre el universo cultural, político o ideológico que elaboran o asumen los actores sociales.

Conviene incorporar aquí otro señalamiento que contribuye a definir la posición que inspira este ensayo. Entendemos que se corren riesgos similares a los mencionados en párrafos anteriores, cuando desde otras posiciones teóricas se afirma que existe un hilo rojo que le da continuidad a la historia del movimiento obrero y de las clases subalternas. Si fuese cierto que la heterogeneidad de los sectores trabajadores de la sociedad es un rasgo que además de ser constitutivo –es decir, reconocible desde los orígenes de la Revolución Industrial hasta nuestros días– ha operado a lo largo de la historia *sin cambios cualitativos sustanciales*, no habría necesidad de reformular antiguos paradigmas o buscar marcos conceptuales novedosos para analizar el comportamiento de los sectores populares y de los movimientos de protesta social.

A diferencia de las dos corrientes interpretativas que se describieron en páginas precedentes, la perspectiva desde la cual se propone, en este artículo, abordar el estudio de algunos fenómenos sociales, puede resumirse en ciertas hipótesis y ejes teóricos que queremos formular tomando en cuenta el siguiente contexto:

- El proceso de reestructuración capitalista a escala planetaria que opera en el marco de fuertes innovaciones tecnológicas, mayor integración de las economías nacionales al mercado mundial y repliegue del Estado, marca un punto de inflexión y de modificaciones cualitativas que afectan al universo social, a las instituciones y fuerzas políticas y, de manera particular, al mundo del trabajo.
- La disminución del empleo asalariado junto a la difusión de formas no convencionales de trabajo han contribuido a incrementar la heterogeneidad del mundo social, a debilitar antiguos lazos comunitarios y a volver difusas identidades que fueron construyéndose bajo el empuje de la industrialización y el fortalecimiento de valores, normas y actitudes que se gestan a partir de la implantación de la vida urbana.
- La crisis de las políticas de inspiración keynesiana que alimentaron las alianzas socialdemócratas o populistas establecen un momento de ruptura y el inicio de un profundo proceso de reagrupamiento de sectores sociales. Esta nueva etapa está signada por la declinación de antiguos sujetos y por el

mayor protagonismo de actores a los que se les asignaba un papel secundario con relación a la centralidad política del proletariado industrial.

– Las expresiones gremiales y políticas que habían actuado como canales de transmisión de una parte considerable de las demandas sociales, sufren una crisis de representatividad y ven menguada su capacidad de movilización. Los sindicatos y partidos de base popular han perdido capacidad de respuesta ante la ofensiva modernizadora del capital. Sobre este repliegue de los agrupamientos tradicionales se levantan nuevas formas organizativas de lo «popular», que junto a los reclamos propiamente laborales, incluyen demandas específicas de sectores también excluidos o marginados por razones culturales o de identidades y valores, que son rechazados por los grupos de población que usufructúan los bienes y servicios que ofrece la modernidad.

Los elementos contextuales señalados tienen una fuerte incidencia en ciertos espacios del universo social que es conveniente puntualizar. Hay por lo

Cuadro 2

**Indicadores del mercado de trabajo en países
de América Latina (1990-2002)**

Países	Tasa de desempleo				Tasa anual de crecimiento del empleo	
	1990	1995	2000	2001	1990-2000	1995-2002
América Latina	5,7	7,5	9,5	9,4	1,8	1,6
Argentina	7,5	17,5	15,1	17,4	2,3	0,1
Bolivia	7,2	3,6	7,4	8,5	4,2	2,7
Brasil	4,3	4,6	7,1	6,2	-0,5	0,9
Chile	7,4	6,6	9,2	9,1	1,8	0,9
Colombia	10,5	8,8	17,0	16,2	3,6	3,0
Costa Rica	5,4	5,2	5,2	6,1	3,4	2,6
Ecuador	6,1	7,7	14,1	10,4	3,8	2,4
El Salvador	10,0	7,0	6,5	7,0	1,9	2,2
Guatemala	N/D	N/D	N/D	N/D	-1,6	-2,7
Honduras	6,9	6,6	N/D	6,3	5,3	4,6
México	2,8	6,2	2,2	2,4	3,4	2,1
Nicaragua	7,6	16,9	9,8	11,3	3,5	3,2
Panamá	20,0	16,4	15,3	16,6	3,2	0,9
Paraguay	6,6	5,3	10,0	N/D	3,3	0,3
Perú	8,3	7,9	7,0	9,2	3,3	2,4
Uruguay	9,2	10,8	13,6	15,3	0,7	-0,1
Venezuela	11,0	10,3	13,9	13,5	3,8	2,9

Fuente: Elaboración propia a partir de información proporcionada por la OIT: *Tendencias Mundiales del Empleo*, Ginebra, 2003.

menos tres instancias del accionar y del pensamiento colectivo que registran cambios significativos:

1. Las ideologías contestatarias, las formulaciones macroteóricas desde las cuales se pretendía explicar la realidad social, así como el atractivo y la difusión de los «grandes relatos» que procuraban expresar los intereses de los pobres de la Tierra, han quedado en entredicho desde el momento en que, el derrumbe de los llamados «socialismos reales», puso en tela de juicio algunos de los soportes sobre los que se sustenta la concepción marxista de la historia.
2. Las articulaciones parciales, que vinculan a los agentes sociales y dan sentido a las acciones colectivas, adquieren una significación mayor y sustituyen a la anterior noción de un «todo articulado», concepto a partir del cual se fueron construyendo buena parte de las ciencias sociales. El concepto de articulación parcial no disminuye la relevancia de la actividad laboral, pero es un principio conceptual que facilita la identificación de otras variables que pueden actuar como elementos de inclusión o de exclusión entre diversos grupos sociales (religión; usos y costumbres; tradiciones culturales; pertenencias regionales; o nacionalidad).
3. La formación de identidades y subjetividades colectivas empieza a reconocer en los espacios extralaborales y en las experiencias «moleculares» de la vida cotidiana elementos constitutivos cada vez más determinantes de ciertos comportamientos y actitudes. También estos factores son motivo de agrupamientos y reconocimientos y apoyos mutuos o de exclusiones y beligerancia para diversos grupos sociales.

La pregunta que queda pendiente, y a la que no pocos militantes e intelectuales buscan dar respuesta, es cómo afrontar las luchas sociales del siglo XXI cuando parece haber naufragado la mayoría de las grandes certezas que orientaron y abrieron caminos a los reclamos populares hasta hace un par de décadas. Tal vez tenga razón la escritora india Arundhati Roy (v. *La Jornada*, 25/1/04), cuando dice que las grandes tareas de la hora deben pasar por el trabajo molecular, que posibilita la construcción de acuerdos básicos y lo que siga a ese hecho, pequeño pero fundamental, sea ponerse de pie y caminar.

Referencias

- Aglietta, Michel: *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI, México, 1982.
Antunes, Ricardo: *¿Adiós al trabajo?*, Edit. Antídoto, Buenos Aires, 1999, pp. 43-56.

- Borgianni, Elisabete y Carlos Montañó (orgs.): *La política social hoy*, Cortez Editora, Brasil, 2000.
- Boyer, Robert: *La flexibilización del trabajo en Europa*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1989.
- Braverman, Harry: *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México, 1974.
- Castell, Robert: «Trabajo y utilidad para el mundo» en *Revista Internacional del Trabajo* vol. 115 N° 6, OIT, Ginebra, 1996.
- Castells, Manuel y Yuko Aoyama: «Hacia la sociedad de la información. Estructura del empleo en los países del G-7 de 1920 a 1990» en *Revista Internacional del Trabajo* vol. 113 N° 1, OIT, Ginebra, 1994. Cabe señalar que los autores destacan el carácter heterogéneo del proceso de expansión de las actividades de servicios en los distintos países, así como la implantación desigual de las economías basadas en núcleos productivos que se apoyan en una «gran densidad de información y conocimientos».
- Gorz, André: *Adiós al proletariado*, El Viejo Topo, Barcelona, 1982.
- Gorz, André: *Misérias del presente. Riqueza de lo posible*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Habermas, Jürgen: *The Theory of Communicative Action*, Beacon Press, Boston, 1984.
- Handy, Charles: *El futuro del trabajo humano*, Ariel, Buenos Aires, 1987.
- Hardt, Michael y Antonio Negri: *Labor of Dionysus*, University of Minnesota Press, Minnesota, 1994.
- Hyman, Robert y W. Streeck (eds.): *New Technology and Industrial Relations*, Oxford Basic Blackwell, 1988.
- Jurgens, U.: «Shaping the Future of Work» en *British Journal of Industrial Relations* vol. 4 N° 33, 12/1995.
- Katz, H.C. y Charles Sabel: «Industrial Relations and Industrial Adjustment in the Car Industry» en *Industrial Relations* 24-2, 1985.
- La Jornada*, 9/1/04.
- La Jornada*, suplemento Masiosare, 25/1/04.
- Lindenboim, Javier (comp.): *El desafío del empleo a finales del siglo xx*, Cuadernos del Ceped N° 2, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires, 1999. De este material provienen algunas de las valoraciones que se incluyen en este artículo sobre el comportamiento del empleo en Latinoamérica. Se revisó, de manera particular, la ponencia de Víctor Tokman: «Panorama del empleo en América Latina», y las conferencias de Silvia Montoya y Claudio Lozano: «Mercado de trabajo y política económica. Perspectivas».
- Lipietz, Alain: «Acumulación, crisis y salidas a la crisis: algunas reflexiones metodológicas en torno a la noción de regulación» en *Estudios Sociológicos* vol. 4 N° 11, 5-8/1986, El Colegio de México.
- Lo Vuolo, Rubén y Alberto Barbeito: *La nueva oscuridad de la política social. Del Estado populista al neoconservador*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 1998.
- Mallet, Sergio: *La nueva clase obrera*, Tecnos, Madrid, 1972.
- Méda, Dominique: «El valor trabajo visto en perspectiva» en *Revista Internacional del Trabajo* vol. 115 N° 6, OIT, Ginebra, 1996.
- Offe, Claus: *Disorganised Capitalism*, Polity Press, Cambridge, 1985.
- Offe, Claus: *Contradicciones en el Estado de bienestar*, Conaculta-Alianza Editorial, México, 1990.
- OIT: *El empleo en el mundo 1996/97. Las políticas nacionales en la era de la mundialización*, Ginebra, 1996.
- OIT: *OIT Informa* N° 4, América Latina y el Caribe, Ginebra, 1997.
- OIT: *OIT Informa* N° 5, América Latina y el Caribe, Ginebra, 1998.
- OIT: *OIT Informa* N° 6, América Latina y el Caribe, Ginebra, 1999.
- OIT: *Tendencias mundiales del empleo*, Ginebra, 2003.
- Reforma*, suplemento Negocios, 20-24/1/04.
- Rifkin, Jeremy: «Producir más bienes con menos trabajadores» en *El País*, México, 30/12/03. Es importante puntualizar que este autor es uno de los principales defensores de la teoría del «fin de la sociedad del trabajo», enfoque erróneo a nuestro juicio ya que confunde los cambios en las funciones productivas, en las estructuras de puestos y en la crisis del modelo ford-taylorista, con la desaparición del trabajo. Al respecto, v. un texto de este investigador, ya clásico en el desarrollo de dicho enfoque: *El fin del trabajo*, Paidós, México, 1997.